

El discurso del SIDA y la comunicación masiva

Para el inicio de este breve texto voy a solicitar al lector que me dispense, por comenzar con una alusión no muy formal ni respetuosa para quienes son portadores de una enfermedad que se ha convertido en un fantasma colectivo sino por la seriedad intrínseca que tiene el tema del SIDA en estos momentos para la humanidad toda.

Me voy a permitir entonces comenzar esta exposición de ideas-fuerza, apelando al humor negro, a la ironía o al cinismo más petulante si así quiere definírsele, diciendo que el SIDA no es otra cosa que la resultante –en la mayor parte de los casos– de un momento o hecho comunicacional, las más de las veces, demasiado íntimo y personal. Aunque tal propuesta llegara a ser tomada como un atrevimiento o falta de respeto para un tema/problema para el futuro y el presente sexual de nuestra humanidad, debemos advertir que una de las paradojas de finales del siglo XX, llamado –con justicia– el siglo de la comunicación, es que la incomunicación domina las redes de relaciones sociales. Ha crecido la comunicación en sus aspectos tecnológicos a niveles imprevisibles hace 100 años, pese a lo cual, hoy más que nunca, los humanos están incapacitados de tomar contactos cara a cara. Y es curiosamente el contacto cara a cara, por decirlo eufemísticamente, el que ha provocado uno de los niveles de encuentro más íntimos o, al menos, más placenteros, el que ha dado lugar finalmente a esta enfermedad llamada SIDA¹.

Sartre y su compañera S. de Beauvoir se preocuparon intensamente por el tema de la comunicación. A pesar de que el existencialismo pasó de moda, la incomunicación denunciada por sus cultores continúa vigente. Parecía que después del hippismo nuestros jóvenes podían vivir la

libertad sexual que los viejos no pudimos gozar por temor a ciertos tabúes limitantes de nuestro goce, llámense afecciones venéreas y/o embarazos (además de las culpas que rodeaban al propio quehacer sexual). La década del 70' superó todo eso no sólo con la penicilina, sino con una filosofía de vida que se alineaba con lo libertario, lo que permitía que cada uno hiciera de su vida un zoquete o lo que mejor le viniera en gana.

Entrando de lleno al tema que nos convoca en este trabajo, diremos que hablar de comunicación de masas y SIDA tiene por lo menos, dos aspectos que –desde nuestros límites intelectuales– hemos podido distinguir con alguna claridad. Por un lado está la Comunicación Masiva en términos de publicidad o tandas publicitarias. Por otro lado, está la participación de los sectores sociales implicados o interesados en el tema, en la producción y circulación de la información que nos ocupa y preocupa.

Parecería que es en la primera de estas dos alternativas en la que se centran los cuestionamientos retrógrados respecto al problema del SIDA (que viene necesariamente atravesado por lo sexual), de manera tal que, en lugar de presentarlo, se le oculta. Y esto se plantea bajo el supuesto psico-sociológico de que los emisores (a decir de Bourdieu, 1981), en su omnipotencia, son los que tienen una acabada conciencia de lo que pretenden; en tanto que los receptores son simples pacientes/inconscientes de aquello que reciben. Personalmente, estimo que en los momentos actuales es irrelevante la posición que se tome al respecto desde el punto de la vista práctico. Resulta mucho más importante –en términos de eficacia– la segunda alternativa de las mencionadas.

1. Que originariamente fuera llamada la peste rosa con mucho de perversidad en el ánimo de quienes así resolvieron bautizarla. Hoy ha dejado de ser rosa, y ya cubre todos los colores del espacio lumínico aplicado a lo humano.

Es decir, la que hace referencia a la participación, producción y circulación de la información por parte de los protagonistas interesados en la temática y/o problemática del SIDA.

Afortunadamente, en Argentina, los comunicadores sociales, tanto de TV y radio como de prensa escrita, dedican una buena cantidad de sus espacios para referirse al SIDA. Y lo hacen con la participación tanto de infectados como de médicos, de portadores como de agentes de salud y, fundamentalmente, de gente no encasillable en las categorías anteriores, pero que quiere informar. Esto es en sí mismo loable, ya que quienes hemos tenido la oportunidad de seguir este tipo de lecturas o programas hemos podido observar que en ellos se habla del SIDA "sin pelos en la lengua".

Hay quienes sostienen que los *massmedia* son manipuladores de las conciencias inconscientes (valga la paradoja) de aquellos que se ofrecen mansamente a sus manejos (Rodríguez Kauth, 1976). Tal postura no sólo es soberbia, sino propia de la más pura y rancia tradición funcionalista que llegó a despreciar la capacidad que los pueblos tienen de resistir los embates que atentan contra sus intereses o necesidades. Al respecto, vamos a reproducir en esta introducción de ideas-fuerza una parte del informe de las Naciones Unidas -conocido como Informe Mc Bride- referido a la democratización de las comunicaciones:

"La reivindicación de una democratización de la Comunicación tiene múltiples connotaciones... Comprende evidentemente el suministro de medios más numerosos y variados a un mayor número de personas, pero no puede reducirse simplemente a unos aspectos cuantitativos y a un suplemento de materiales, implica acceso mayor del público a los medios de Comunicación existentes, pero el acceso no es sino uno de los aspectos de la democratización. Significa también una de las posibilidades mayores para las naciones, las fuerzas

políticas, las comunidades culturales, las entidades económicas y los grupos sociales de intercambiar información en un plano de mayor igualdad, sin una discriminación de los elementos más débiles y sin discriminaciones en contra de nadie. Un solo mundo, voces múltiples" (FCE/UNESCO, México, 1980).

Creemos interesante distinguir en este momento uno de los puntos que consideramos claves para hablar acerca de la comunicación masiva en la lucha por la prevención del SIDA. Es obvio que hablar de Medios de Comunicación Masiva no es precisamente lo más adecuado. No existe medio alguno que sea masivo en el sentido de llegar a todos los individuos y a todos los sectores sociales. En todo caso, los medios cumplen una función intermediadora entre quienes emiten y quienes reciben, aunque no debemos olvidar que dicha función no es exclusivamente unilateral, sino que, como toda relación social se presenta como dialectal; es decir, sea a través de sus efectos o de mecanismos de intermediación, los receptores hacen oír sus voces de protesta o aplauso a los emisores. El contenido performativo del discurso debe ser compartido por aquellos que lo reciben.

Al respecto, digamos que es común escuchar a los llamados "portadores del SIDA" quejarse amargamente de cómo los afectan en sus relaciones sociales y en su intimidad afectiva/emocional las imágenes de campañas, programas o películas que traten sobre el tema. Sin lugar a dudas que es una queja atendible. Tanto como podría serlo la que puedan hacer los paráliticos, los cancerosos o la de cualquier otro "estigmatizado" (Goffman, 1970). Es cierto, algún porcentaje de los portadores de SIDA muere, pero también es cierto que en un mundo ávido de conocer -aunque lo de la avidez pueda ser una expresión de mi deseo- es innegable que hay una gran mayoría de la población que necesita saber cómo prote-

gerse de aquello que no es un chiste, no es un "divertimento" o un globo con que se quiere entretener a la población para desviar su atención de temas urticantes. Se trata de algo que por lo general lleva consigo a la tan temida y negada muerte. Lo que puede leerse en el discurso quejoso de los "portadores" es que lo que duele del mensaje que emiten los medios es la recurrencia a la muerte. Naturalmente, no es a los únicos que les duele y les mortifica. A todos nos duele la muerte. El sólo pensar en ella nos produce escalofríos, pero ella es nuestra contradicción básica, que se nos impone por el solo hecho de haber nacido. Nacemos para morir. Si de una cosa puede estar seguro el filósofo I. Prignone —en sus desvelos acerca del tiempo futuro— es que todos estamos condenados a morir. Nos guste o no nos guste, pongamos o no en juego la tan discutida pulsión de muerte. Acá no se trata del supuesto saber, es *saber* el saber que la muerte está ahí, esperándonos como en la fábula de Samarkanda de *Las mil y una noches*. En el tira y afloje entre la pulsión de la vida y la pulsión de la muerte, siempre gana ésta última. Quizás ello sea lo más fatal que tenemos los humanos y que limita necesariamente nuestra posibilidad de ser libres. Es entendible que a los "portadores", y más aún a los "infectados", el hecho de encontrarse frente a escenas de miedo, de angustia, de muerte, etc. los moleste y hasta los agravie, pero también es cierto que aquello que se desea negar no es otra cosa que una negación maniaca de lo real, de lo que está ahí y que hasta finales del siglo XX es inmodificable. Es probable que lo que estoy planteando levante más de una voz de indignación. Pienso escucharla, del mismo modo que fue leída esta voz destemplada que no anda con sentimentalismos de corte paternal, sino que trata de tomar "el toro por las astas".

Para concluir, digamos que no creemos que los *massmedia* sean "la vacuna", "el remedio" contra el SIDA como se ha

pretendido desde ciertas posiciones ingenuo o nada desinteresadas². Los "medios de comunicación masiva" son un elemento más que se puede utilizar en la lucha contra esta enfermedad que nos agravia en nuestra dignidad humana, en el testimonio de cada portador o cada infectado y, fundamentalmente, en la lucha y el propósito firme contra la permanente reproducción de la misma. ¿Cuál es el uso adecuado de este mecanismo? Todavía lo ignoro. Sólo puedo decir que transmitiendo *miedo* es como se pueden lograr resultados contrarios a los que el discurso del publicista dice que espera obtener. Por el momento, el SIDA es una enfermedad de la que se habla mucho y todavía se sabe poco. Podríamos decir que se está en pañales no solamente sobre sus orígenes y su evolución, sino también acerca del abordaje psico-social. Haciendo una metáfora, podríamos decir que en tiempos genealógicos estamos aproximadamente en la primera centésima de segundo. En tiempos humanos recién estamos a finales de la primera década de su conocimiento. En consecuencia, los mensajes que se emitan a través de los medios masivos, deben contemplar la posibilidad de su variación y no pretender que con el mensaje elaborado, se tenga la argumentación justa y precisa para luchar contra el virus "diabólico", que está aterrando tanto a los jóvenes del mundo como a los que hace mucho dejamos de serlo y que eventualmente precisamos de inyecciones y transfusiones³.

Estimo que puede ser un lugar de convocatoria, para los que nos ocupamos y preocupamos por nuestra comunidad, que se tenga presente otra "idea-fuerza" como es la "prevención", teniendo en cuenta los mecanismos que se conocen hasta la fecha

-
2. Tales alternativas son mutuamente excluyentes.
 3. Todo esto porque ya las aventuras sexuales han dejado de ser una realidad para ser solamente un espacio de fantasía onírica.

y sin prejuicio alguno sobre su enunciación respecto a dicho quehacer.

Antes de terminar con este brève comentario es preciso hacer notar otro tema que particularmente me inquieta como es la "inserción" del enfermo o portador de SIDA en el espacio de su cotidianeidad "no enferma". Habitualmente, cuando se tratan estos temas, quienes los enfrentan en los "medios" se pretenden "liberados" o de "estar de vuelta". Sin embargo, no se escuchan los miedos, angustias y fantasías que recorren el imaginario social y personal de aquellos que se ven obligados a aceptar a un enfermo o portador como compañero de trabajo o del hijo en la escuela. Un aspecto sobre el que poco se ha ocupado la Psicología Social es la conciencia de lo cotidiano. Esta -creo- es una de las tantas cuentas pendientes que tenemos los psicólogos sociales y los comunicadores, asunto que debemos empezar a debatir.

ANGEL RODRIGUEZ KAUTH

Bibliografía

- Bourdieu, P. y otros
FCE/UNESCO *El oficio del sociólogo*. Ed. Siglo XXI, Buenos Aires, 1988.
- Goffman, E. *Un sólo mundo, voces múltiples*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1980.
- Rodríguez Kauth, A. *Estigma*. Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1970.
- Rodríguez Kauth, A. L. "Efectos psicosociales de los medios de comunicación masiva". Revista de Psicología, (Caracas), Vol. III, N° 3/4, 1976.
- Eone, M y Martínez, J. "Exploración psicosocial acerca del transplante y donación de órganos" (1993). En prensa en el N°. 1 de la *Revista de Etica Médica*, Buenos Aires, 1994.
- Solano Solano, M. *Conciencia cotidiana, autoritarismo y medios de difusión masiva*. Ed. de la Universidad de Costa Rica. San José, 1991.